

SUSTITUIDO

En cuanto entró el primer rayo de sol por la ventana, Rodolfo se levantó. Estaba nervioso, iba a ser un gran día. Se preparó un café con leche, una tostada con mantequilla y azúcar, se duchó rápidamente con agua fría, se puso el traje negro y se arregló los tres pelillos que le quedaban en la cabeza. Cogió su maletín y se marchó al trabajo. Para llegar al edificio de la empresa, Rodolfo tenía que hacer un largo recorrido a pie hasta la estación de metro más cercana, allí tenía que coger la línea naranja y bajar en la parada de la calle Reina Victoria, y justo enfrente de la salida, sin pérdida ninguna, se encontraba el enorme rascacielos gris donde trabajaba. Entró por la puerta principal, saludó al conserje y cogió el primer ascensor libre que encontró. El ascensor lo dejó en la novena planta. Rodolfo salió y se dirigió a su despacho situado al final del pasillo. Al acercarse a la puerta, sacó de su bolsillo interior una pequeña llave plateada con el número de su despacho grabado en la parte superior. Puso la llave en la cerradura, la giró a la izquierda y la puerta se abrió dejando escapar un agudo chillido. Rodolfo entró y se sentó en su sillón de cuero. Rápidamente conectó su portátil y observó los datos del proyecto que había diseñado y que cambiaría el rumbo de la empresa y de su vida, catapultándolo hacia los altos cargos si ese proyecto daba el resultado que esperaba. Rodolfo sonrió y cerró el ordenador. Hacía mucho que había acabado el proyecto pero la presentación había tenido que ser pospuesta por una rara enfermedad que había paralizado la ciudad y el país durante unas semanas. Ya se había solucionado todo y lo iba a presentar ante los dueños de la empresa.

Rodolfo había estado trabajando durante meses secretamente diseñando su gran proyecto. No lo sabía nadie, ni siquiera Martín, un antiguo compañero de clase que ahora trabajaba en su misma empresa como operario de mantenimiento en la sala de máquinas, un oficio que necesitaba muchas horas de trabajo pero que a Martín le gustaba. Alguna vez Rodolfo estuvo tentado de decírselo cuando hablaban después de ir al gimnasio pero se había aguantado porque lo mejor era mantener el secreto.

Por fin había llegado el veintiocho de diciembre, el día de su gran presentación frente a los dueños de la empresa. A las once de la mañana en punto, Rodolfo, muy nervioso, abrió la puerta de cristal y entró en la sala de juntas, saludó y se dirigió a introducir su pen-drive en el ordenador. Sacó la maqueta de su proyecto de la caja en la que llevaba

un tiempo guardada y la colocó encima de la mesa. Rodolfo empezó la presentación explicando el diseño de su nueva máquina que se encargaría del mantenimiento de las máquinas de la empresa haciendo prescindible el personal de mantenimiento. Siguió explicando el dinero que se ahorraría la empresa en los sueldos y el aumento de los beneficios. La reunión fue todo un éxito, los directivos estaban encantados con la idea de Rodolfo y le felicitaron. Rodolfo estaba muy feliz, era el mejor día de su vida.

Rodolfo ascendió rápidamente en la empresa. Los dueños le invitaban a las cenas de los ejecutivos, le reservaron una plaza de aparcamiento en el parquin subterráneo y hasta le pusieron un cartelito con su nombre en la puerta de su despacho en el que se leía: "Rodolfo González, jefe de innovación". Por fin Rodolfo tenía el reconocimiento que él creía que se merecía.

Un lunes cualquiera, Martín llegó al trabajo pero se encontró a sus compañeros de trabajo en el vestuario leyendo una carta certificada con el sello de la empresa y con las caras muy serias, como si lo hubieran perdido todo. Y así era, ya que gracias a la buena máquina que había inventado su gran amigo Rodolfo, todos se habían quedado sin trabajo. Cómo iban a alimentar ahora a sus familias, a pagar las facturas de la luz, el agua, y la hipoteca de la casa. Martín se sentía traicionado por Rodolfo.

La vida de Rodolfo había cambiado. Lo habían ascendido, su sueldo había aumentado mucho y gracias a eso, se había podido permitir el lujo de mudarse de casa y comprarse un flamante coche deportivo que utilizaba todos los días para ir al trabajo, aparcaba en su propia plaza de aparcamiento y sus trajes eran de marcas caras. Gracias a su gran invento se había hecho un nombre entre las personas más ricas de la ciudad, iba a un gimnasio exclusivo para ricos y por las redes sociales le escribían chicas interesadas para pedirle citas.

Por el contrario, la vida de Martín había empeorado. No encontraba trabajo y había perdido su casa. Se había tenido que mudar a casa de sus padres, un piso pequeño de dos dormitorios en un barrio alejado de la ciudad. Pero lo que más le dolía a Martín era que su amigo Rodolfo ya no le había vuelto a dirigir la palabra, no contestaba sus llamadas y le había bloqueado en whatsapp.

Día a día, el odio y la sed de venganza de Martín crecían y sólo deseaba arruinar la vida de su antiguo mejor amigo Rodolfo, como él había hecho con la suya. Un martes,

Martín se levantó en cuanto entró el primer rayo de sol por la ventana. Estaba nervioso, no sabía si se iba a atrever a hacerlo. Se preparó un café con leche, una tostada con mantequilla y azúcar, se duchó rápidamente con agua fría, se puso el traje negro y se arregló el pelo. Cogió el arma, la escondió en una bolsa y se dirigió a pie hasta la estación de metro más cercana. Se subió en la línea naranja y bajó en la parada de la calle de la Reina Victoria. Observó el enorme rascacielos de oficinas, se dirigió hacia la puerta principal, saludó al conserje y cogió el primer ascensor libre que encontró. El ascensor lo dejó en la novena planta. Martín salió y se dirigió al despacho de Rodolfo, situado al final del pasillo. Se situó delante de la puerta, respiró y llamó al timbre. Desde dentro, la voz de Rodolfo dijo “pase”. Martín abrió la bolsa y entró.